

José Badal Nicolás

Cosas que arreglar

Los gobernantes tienen asuntos graves de los que deben ocuparse con urgencia y con sentido común para tomar medidas que frenen los desastres que estamos padeciendo

A parte de la tabarra de este verano sobre la polémica ficticia de si nuestro Rey tenía o no que haberse levantado de su silla al paso del sable del 'libertador' Bolívar, alentada por fulleros interesados en sembrar cizaña con el pretexto de que es una enseña nacional cuando a lo más es una supuesta reliquia, este verano, más que ningún otro, nos ha angustiado con sucesivas olas de sofocante calor que a duras penas hemos aguantado con resignación. Las altas temperaturas diurnas y nocturnas, muy por encima de los valores registrados décadas atrás para el periodo estival, nos han atormentado sin piedad durante tórridos días y noches toledanas. En medio de este calor agobiante, las noticias no han sido las clásicas 'serpientes de verano', sino los datos preocupantes sobre el cambio del clima, los voraces incendios forestales, el coste disparado de la energía y la tambaleante situación de la economía de la nación y de las familias que ya soportan un alza desbocada de los precios.

La temperatura global de nuestro planeta ha aumentado en entre 0,94 y 1,03 grados centígrados desde finales del siglo XIX a causa del impacto de la actividad humana y especialmente de las emisiones de gases de efecto invernadero. Esto ha propiciado el alarmante deshielo de extensas masas pola-



HERALDO

res y la desaparición de varios glaciares (entre ellos el del Aneto) junto con el aumento del nivel medio del mar: 23 cm en promedio desde 1980 (a un ritmo acelerado de 3,4 milímetros al año). De continuar este proceso (y nada parece impedir que así sea), se prevé que para el año 2050 el nivel del mar habrá aumentado en 30 centímetros más. Muchas zonas costeras se verán anegadas en pocos decenios, hecho sin duda importante para vidas y haciendas. Todo apunta a un efecto derivado del ya muy evidente cambio climático, realidad que se nos echa encima cuando se alteran los factores y procesos físicos y químicos que

rigen el delicado equilibrio medioambiental en la Tierra. Nuestro gobierno debe asesorarse muy bien en este asunto y proceder con talento y sin demora, pues su gravedad así lo requiere.

Tema recurrente y muy serio ha sido el elevado número de intensos incendios que este año han arrasado nuestro país: 388 fuegos y 286.000 hectáreas quemadas hasta la fecha. Sin orillar la acción de perversos personajes con patológicas inclinaciones que se regocijan con el mal ajeno, las causas desencadenantes de estos desastres han sido la extrema sequedad y el crecimiento desordenado de la masa forestal (combustible) en

muchos lugares por falta de cuidado y limpieza a consecuencia del retroceso de la agricultura y de la ganadería extensiva, la progresiva despoblación de nuestras tierras interiores y el abandono de nuestro agro. A este desolador escenario han contribuido la cambiante meteorología, la ausencia de lluvias y la persistente sequía; pero también la falta de planes de prevención o la pasividad en su aplicación, amén de una más ágil coordinación entre comunidades para el uso de los recursos disponibles. Corregir esta dinámica es tarea urgente de los responsables del ramo, estableciendo adecuados protocolos de actuación para la prevención y gestión de daños medioambientales que invariablemente repercuten en el medio agropecuario y en la producción de alimentos.

En un movimiento típico del trile, nuestros mandamases, antes de irse de vacaciones, nos 'obsequiaron' con una nueva entrega de la factoría 'Moncloa Producciones' en forma de real decreto-ley misceláneo con «medidas de sostenibilidad económica en el ámbito del transporte, en materia de becas y ayudas al estudio, así como de medidas de ahorro, eficiencia energética y de reducción de la dependencia energética del gas natural». Y aún nos anuncian otros reales decretos-leyes. Más que el abastecimiento de energía, que parece estar plenamente garantizado, la cuestión preocupante es el control de los precios. La bajada del IVA en la factura de la luz, el precio del combustible bonificado en 20 céntimos por litro, el cacareado límite del precio del gas (la llamada 'excepción ibérica') y otras medidas similares no han conseguido ninguna reducción del IPC y mucho menos una mejora sensible para el bolsillo del contribuyente. Eso sí, la recau-

dación tributaria ha aumentado por la inflación y Hacienda ha ingresado de más unos 20.000 millones de euros en lo que va de año, cantidad extra cuyo destino se nos oculta a los mortales comunes. El gobierno de la nación debería deflactar las tablas del IRPF y aliviar las maltrechas economías de muchas pymes y afligidas familias.

En el capítulo de los malos augurios sobresalen el déficit del Estado (cerró en mayo en el 1,36% del PIB), la deuda soberana (1,45 billones de euros), la inflación (cercana al 11%) y el incremento estimado del euríbor (entorno al 1,90% a doce meses); índices inquietantes por cuanto a corto plazo amenazan nuestro crecimiento (se prevé una disminución del PIB del 3%) y poder adquisitivo y nos abocan al empobrecimiento y a la temida recesión (paliada parcialmente por la economía sumergida). El dato de inflación del 10,8 del pasado mes de julio es el más elevado desde hace muchos años y el mayor de los países con peso en la UE, sin que hasta ahora nadie del gobierno de la nación se haya aplicado de verdad a la tarea de remediar tan peligroso panorama. El alza generalizada de precios de los alimentos y de los materiales de construcción (cemento, madera y acero) y sobre todo de la energía (gas, petróleo y electricidad), roza ya niveles insostenibles para una gran parte de la ciudadanía. La inflación desbocada y la disminución de las rentas de las familias son presagios de creciente pobreza de las capas sociales con menor poder económico y el germen de la desobediencia civil. Son cosas que arreglar a tiempo con medidas eficaces, sin caer en la autocomplacencia o la obcecación.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

Julia Navarro

Protagonista y testigo

En las últimas horas, los líderes políticos del mundo entero dedican sus mejores elogios hacia Mijaíl Gorbachov. Es un reconocimiento justamente merecido porque Gorbachov fue uno de los principales protagonistas de que el mundo cambiara allá en las postrimerías del siglo XX. El Muro de Berlín no habría 'caído' sin su visto bueno, dando lugar al desmoronamiento de la Unión Soviética.

Los jefes de gobierno suelen decir que cuando sucede algo importante el último teléfono que suena es el suyo y siempre para pedir instrucciones, para que den una respuesta sobre qué hacer. Así que me imagino aquel 9 de noviembre de 1989 cuando en el Kremlin sonó el teléfono de Gorbachov y una voz le anunció que en la República Democrática Ale-

mana (RDA) numerosos grupos de personas estaban intentando cruzar al otro lado del muro.

En realidad todo había empezado mucho tiempo atrás, pero, por poner fechas, un mes antes miles de ciudadanos se habían manifestado en Leipzig pidiendo que les permitiera pasar libremente al 'otro' lado del muro. Aquella protesta no se saldó, como era habitual, con una implacable represión, y las protestas se fueron sucediendo por otras ciudades. El 4 de noviembre hubo otra gran manifestación en la Alexanderplatz de Berlín y el 9 de noviembre, durante una rueda de prensa con Günter Schabowski, portavoz de la RDA Alemana, un periodista italo-alemán, Riccardo Ehrman, corresponsal de la Agencia italiana Ansa hizo una última pregunta: ¿Cuándo po-

drían los alemanes del Este cruzar sin problemas hacia el otro lado del Muro ya que el propio gobierno venía anunciando reformas que permitirían facilitar viajar al 'otro' lado? Günter Schabowski respondió con un «Desde ahora mismo».

De manera que una pregunta y una respuesta fueron los principales 'martillos' para derrumbar el muro. Sin duda ni el periodista ni Schabowski eran conscientes en ese momento de que estaban dando los primeros martillazos para derrumbar el Muro.

Y sí, el timbre del teléfono de Gorbachov irrumpiría en el Kremlin y Mijaíl Gorbachov tuvo que tomar una decisión en milésimas de segundo. O impedía que el Muro cayera o lo permitía sabiendo las consecuencias que ambas decisiones tendrían.

Hoy, la Unión Soviética no existe, aunque me temo que muchos, a derecha e izquierda, la añoran. Unos, porque para sus intereses les convenía la Guerra Fría; otros, porque creen que aquel régimen era un modelo de virtudes prefiriendo ignorar el sufrimiento y la falta de libertad.

Ignoro qué pensaría Mijaíl Gorbachov en estos últimos meses sobre la invasión de Rusia a Ucrania y cuáles eran sus relaciones con Vladimir Putin. Sí sé que Gorbachov siempre fue más popular en Occidente que en su propio país, donde le rodeaba la incompreensión y muchos le achacaron que Rusia dejara de liderar el imperio soviético.

También desde Occidente se construyó una leyenda en torno a Gorbachov. Se le presentaba como un hombre que quería enterrar el comunismo, lo que no era cierto, simplemente quería 'modernizarlo', acabar con el anquilosamiento del régimen. En realidad pretendía llevar a cabo el

principio de Lampedusa: que todo cambie para que todo siga igual. A eso hay que añadir que Gorbachov también quería evitar una confrontación con Occidente, seguramente porque conocía al dedillo las debilidades del régimen que encarnaba.

Lo que sí me parece el colmo de la estulticia es ese comunicado de la Unión Europea calificando a Gorbachov de líder «fiable y respetado» y no porque no lo fuera. Lo era y lo demostró. Mijaíl Gorbachov resultó ser un político fiable con los compromisos que adquirió, mientras que los países occidentales son quienes no han resultado fiables, ya que no han parado de enseñorearse ante la caída del imperio soviético, comportándose como el primo de Zumosol e incumpliendo los compromisos a los que en su día llegó con Gorbachov.

Así que sí, Gorbachov fue un político fiable y el mundo le debe que aquel maldito Muro fuera hecho añicos. Descanse en paz.